

SÍMBOLOS, VALORES, REALIDADES Y EXPECTATIVAS DE NUESTRA IDENTIDAD UNIVERSITARIA. UNA MIRADA DESDE EL ARTE Y LAS HUMANIDADES*

PRESENTACIÓN

En este ensayo hago una revisión de símbolos diacrónicos y sincrónicos, de valores éticos y estéticos, de logros recientes en los ámbitos del arte y las humanidades, que conforman una parte importante de nuestra identidad universitaria. Pero he querido concentrarme también en tareas por realizar en estas áreas. Hago planteamientos con respecto al desempeño que como universitarios quedamos a deberle a veces a nuestra institución por desidia, desconocimiento y falta de solidaridad, entre otras actitudes y carencias que confluyen en una sola: falta de compromiso y, por tanto, de identificación plena con nuestra universidad.

Estoy convencida de que el trabajo conjunto desarrollado en cada universidad pública de nuestro país es la mejor vía para obtener un adecuado desarrollo educativo. La nuestra no es la excepción. Por tal motivo, consi-

* Segundo lugar del Primer Concurso Estudiantil de Ensayo sobre Identidad Institucional, en la categoría de Organismos Académicos y Unidades Académicas Profesionales de La UAEM, convocado por el Departamento de Identidad Universitaria. Noviembre de 2003.

dero que todos los miembros de la Universidad Autónoma del Estado de México participamos del éxito y de los fracasos de cada universitario. En consecuencia, quiero dirigir este texto a los tres sectores fundamentales: estudiantes, académicos y administrativos. A lo largo del mismo, se cuestionan desde un enfoque humanístico los roles que desempeñamos como universitarios dentro y fuera de la institución lo mismo si somos estudiantes de preparatoria o licenciatura, que secretarías, artistas, autoridades o investigadores, todo puesto que es el área que mejor conozco y que de acuerdo con su devenir histórico, especialmente con sus valores más importantes, considero que es la columna vertebral de nuestra Máxima Casa de Estudios.

Al ser los universitarios mencionados mis lectores potenciales, decidí hacer este ensayo con un estilo muy libre, en el sentido de bastante digerible, pero preciso, coherente y, sobre todo, objetivo en sus consideraciones. No propongo soluciones definitivas a las problemáticas que expongo en relación con nuestra identidad universitaria, pero sí muestro caminos, y hago sugerencias para modificar conductas y aceptar valores que nos hagan mejores universitarios, a partir de un mayor compromiso académico y social con la universidad y con una mirada sensible. Esto –espero– contribuirá a concienciarnos de la responsabilidad que tenemos en fortalecer espiritual e intelectualmente a nuestra institución y, por tanto, en propiciar una genuina identificación con ella, y en que la expresión *Alma Mater* derrame en cada universitario valor original.

Toda universidad tiene características que permiten reconocerla como institución educativa y que generan entre sus miembros un sentido de pertenencia. Aquéllas son, fundamentalmente, de dos tipos: emblemáticas o simbólicas y experienciales o cotidianas. En la Universidad Autónoma del Estado de México encontramos en el primer grupo, por ejemplo, el escudo, el himno y a los forjadores institutenses: se trata de objetos y personajes y simbolizan el espíritu, la misión y el carácter, entre otros aspectos, de nuestra *Alma Mater*, los cuales –por su misma condición emblemática– exigen de conocimientos referenciales para que sean comprendidos por los universitarios. Su función es concentrar en su estructura una imagen de la tradición, los ideales por alcanzar y las expectativas de la UAEM; por lo tanto, prácticamente son una metáfora del pasado, así como del deseable o posible devenir de la universidad. Dado que, básicamente, atienden a aspectos históricos, son símbolos y valores de tipo diacrónico; esto es, generados a través del tiempo con base en el esfuerzo y la dedicación necesarios para que sean reconocidos como tales. Entre los personajes, me refiero a Juan B. Garza, Enrique Carniado u Horacio Zúñiga, quienes una vez designados como hombres ilustres son colocados figuradamente en un pedestal y se convierten en figuras intocables, aun cuando ocasionalmente se recuerde que uno de ellos dejó el Instituto por no sentirse a gusto del todo o que –en el caso de los dos últimos– sean considerados poetas pasados de moda y sus textos ya no sean leídos prácticamente. Con respecto a los objetos emblemáticos forjadores (escudo e himno), hay que decir que –a diferencia de los personajes mencionados– fueron creados deliberadamente con el objetivo de generar la identificación de los estudiantes, académicos y administrativos con la universidad. Pero ¿cuántos de nuestros universitarios conocen la simbología del escudo o la letra del himno?, ¿cuántos conocen el significado de “perínclita”?, ¿qué porcentaje ha leído a Gilberto Owen? ¿quiénes se han deleitado con la pintura del gran Felipe Santiago Gutiérrez? Las respuestas en todos los casos es: no muchos. Puede el lector hacer un sondeo en unidades y organismos académicos, así como en el propio edificio central de Rectoría para constatar lo que advierto.

En mayor o menor medida, hemos reducido a esos símbolos universitarios a piezas de museo por lo que contienen de inmovilidad y por su carácter contemplativo, pues no se ha enseñado a los universitarios a darles otro valor y a mirarlos desde otra perspectiva. De ahí que algunos los han confinado al olvido y, aunque con frecuencia los tienen a la vista o los escuchan, no los perciben conscientemente; para nuestra desgracia, algunos los tienen en el sótano del inconsciente.

Sucede como con el mundo indígena:

La presencia de lo indio [nosotros diríamos de lo simbólico universitario] en muros, museos, esculturas y zonas arqueológicas abiertas al público se maneja, esencialmente, como la presencia de un mundo muerto. Un mundo singular, extraordinario en muchos de sus logros; pero muerto... Es el pasado glorioso del que debemos sentirnos orgullosos, el que nos asegura un alto destino histórico como nación [nosotros diríamos como universitarios] (Bonfil, 1994: 91).

A lo largo del tiempo, ha sido muy importante la labor realizada por la Universidad Autónoma del Estado de México al destacar la relevancia sociohistórica de sus figuras simbólicas oficiales (hombres y objetos) mediante exposiciones en recintos como La Casa de las Diligencias, el edificio central de Rectoría y unidades y organismos académicos, así como la difusión en publicaciones como *Ciencia ergo sum* o *La Colmena*, entre otras. Sin embargo, mi experiencia como ex alumna de preparatoria, ex alumna de licenciatura, ex administrativa, profesora de dos facultades y candidata a iniciar una maestría en la institución, me ha permitido constatar el desconocimiento que hay de esos simbólicos diacrónicos de nuestra *Alma Mater*, tanto entre parte de alumnos, como entre académicos y administrativos. Desde luego, en la mayor parte de los casos la responsabilidad recae en cada uno de quienes estudian y/o laboran en la universidad. Ese desconocimiento subraya un reto al que debe abocarse nuestra Máxima Casa de Estudios: la falta de una identificación plena de algunos de sus integrantes con la institución a la que pertenecen.

Ciertamente, mucho han hecho al respecto investigadores –especialmente en ciencias sociales y humanidades–, editores, artistas y algunas autoridades. Sin embargo, es necesario que un número muy importante de

universitarios pasivos deje de serlo participando activamente del conocimiento y la difusión de nuestros símbolos y valores, y de las actividades que nos distinguen no únicamente como estudiantes y/o trabajadores de una universidad pública, sino como orgullosos miembros de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Hablo, por ejemplo, de profesores de asignatura –incluidos los egresados de la institución– cuya condición fluctuante les genera el sentimiento de ser un tanto ajenos a la universidad y, en consecuencia, la creencia de que están “en su derecho” si se eximen de identificarse realmente con los símbolos y valores universitarios; esto es, de comprometerse más con la universidad.

Otro tipo de mujeres y hombres pasivos son algunos empleados universitarios, como secretarías y capturistas (tanto sindicalizados como de confianza) que –por su condición socioeconómica– ven a la institución sólo como una fuente de empleo que les proporciona prestaciones que en otro tipo de organismo no obtendrían. Mas allá de su participación en actividades deportivas y cursos decididamente utilitarios –como los de computación e inglés–, estas personas no suelen involucrarse en otras actividades a las que consideran estrictamente universitarias, como conferencias, obras teatrales, etcétera. Es verdad que la universidad pública mexicana ha sido creada, en primera instancia, para lograr el desarrollo intelectual con altos niveles académicos, y la nuestra no es la excepción, pero ¿no se supone que nuestro compromiso fundamental como científicos y humanistas es elevar el nivel educativo de nuestro país? ¿Cómo podemos me-

jorar las capacidades sensibles, creativas e intelectuales no ya de la nación sino, al menos, de la población de nuestra entidad, o en nuestro entorno inmediato? ¿Cómo o cuándo decidimos a hacer algo en materia educativa, es decir, en materia universitaria, por quien no está en nuestro "estrato académico", pero se empeña en servirnos día a día, y ve en los académicos a importantes educadores? ¿O por quien que nos aburre o desespera si tenemos que dedicarle una plática de dos horas porque no hay manera de conversar sobre econometría, literatura surrealista o planeación territorial? Solemos hablar de que nuestro país tiene un bajo nivel educativo en comparación con otras naciones, pero no hacemos mucho por elevar ese nivel fuera de la élite académica en que estamos incluidos.

Hay que tener presente en todo momento que, como académicos universitarios, además del enriquecimiento que nos da el contacto frecuente con colegas y alumnos, debemos asumir la responsabilidad de fomentar la reflexión sobre los temas de nuestro mundo en quienes tratamos diariamente dentro de la universidad pero a veces no consideramos universitarios porque no poseen un título al menos de licenciados y, en consecuencia, los relegamos a la categoría de empleados "x", *empleadillos* o gente que no sobresaldrá en el ámbito educativo. Nos conformamos con celebrarles los 25 años de trabajo para la institución o con festejarles, por ejemplo, el día de la secretaria. Nuestro compromiso debe ir más allá. Debemos recordar que estos empleados, además de asumir un papel laboral, son padres de

familia y, por lo tanto, son corresponsables del desarrollo intelectual y humanístico de sus hijos. ¿De qué manera van a impulsar ese desarrollo si a su indiferente actitud personal, se agrega que su empleo a veces no lo fomenta en ellos? En ningún organismo laboral hay motivos suficientes para no sensibilizar y fomentar el pensamiento crítico de los trabajadores, mucho menos en una universidad pública.

Existe otro sector universitario que a veces cae en la pasividad en lo que respecta a su identificación con la UAEM: los estudiantes, tanto en relación con los elementos diacrónicos como con los sincrónicos (de éstos hablaré más abajo). Se trata de desconocimiento y/o desidia. Hay alumnos que no saben con cuántos museos cuenta la universidad, que no conocen la obra de Josué Mirlo o Leopoldo Flores, y prefieren pasar dos tardes a la semana en *Vip's* que asistir a presentaciones de libros en La Casa de las Diligencias o acudir al Cineclub. Desde luego, no se trata de una situación generalizada porque, afortunadamente, hay muchos estudiantes que son dinámicos y creativos. Se trata de jóvenes interesados en el conocimiento de sus respectivas disciplinas y de otras áreas.

La última categoría de seres pasivos que detecto son los familiares de los universitarios, especialmente de los estudiantes. Cómo señala el doctor Juan Parent:

...la sociedad civil no penetra en la universidad. Sólo cuando hay un examen recepcional, los familiares del sustentante se "atreven" a ingresar en la universidad, espacio físico. Las actividades culturales, como lo son el teatro o las ejecuciones musicales, se reservan a los estudiantes y maestros. El público en general no participa en estas actividades. (Parent, 2003: 4)

Este distanciamiento de los familiares de estudiantes y de los trabajadores universitarios con respecto al conjunto de lo que es la UAEM resulta en la incomprensión que tienen los alumnos sobre la labor de los empleados, obstaculiza o al menos retrasa el desarrollo de los universitarios, y limita una sana convivencia familiar. Tomo como ejemplo a una ex alumna, la cual estaba muy interesada en participar de los ciclos de cine e investigar temas de su interés en la biblioteca central. Su madre –posesiva y carente de formación intelectual– no le permitía salir con frecuencia de su casa si no era

para asistir por las mañanas a la escuela; desafortunadamente no asimilaba que la formación integral de un estudiante universitario implica no sólo ir a clases y realizar sus tareas, sino empaparse de lo que ofrece nuestra Máxima Casa de Estudios en la difusión de la ciencia, en el deporte, el arte y, en general, la cultura. Otro ejemplo es mi experiencia mientras fui estudiante de licenciatura en relación con mis padres. Ellos están formados a la usanza tradicional de provincia; es decir, son moralistas, se dicen muy religiosos, y tienen una pobre formación intelectual y una escasa sensibilidad artística, pero una gran capacidad de censura que los hace reprobar las puestas en escena que ofrece la universidad o, por citar otro ejemplo, ciertas ilustraciones que aparecen en *La Colmena*. Me duele saber que mientras yo disfruto de películas como *El nombre de la rosa* o *El bulto*, ellos son felices con las nimiedades hollywoodenses sobre extraterrestres o recreando los esquemas machistas propagados por el cine mexicano de la “época de oro”. Me duele saber que como universitaria no he podido modificar la cuadrada visión de mundo que tiene mi familia, a pesar de mis intentos por generar esos cambios. Ante su diaria resistencia a enriquecerse intelectual y culturalmente, he optado por cumplir el refrán “más ayuda el que no estorba”. No obstante, cuando detecto actitudes semejantes en mis alumnos, trato de orientarlos en la medida de lo posible. A veces es menos difícil crear sentido del compromiso y enriquecimiento humanos dentro de la institución que en el seno familiar.

¿A dónde pretendo llegar con todo esto? A generar conciencia de la responsabilidad que tenemos como universitarios –especialmente las autoridades y los maestros– de fomentar cada vez más un desarrollo educativo integral en quienes están en nuestro entorno institucional, a través no sólo de su participación en actividades de difusión científica y deportivas, artísticas y culturales, sino en talleres, cursos e, incluso, las clases universitarias, como oyentes o visitantes. Desde esta perspectiva, resultaría interesante, por ejemplo, introducir a los padres de familia, bibliotecarios, etcétera, en los proyectos de investigación sobre la universidad; en la práctica de la lecto-escritura y las artes plásticas, porque hay padres que se espantan de que sus

hijos universitarios escriban literatura erótica, y también encontramos bibliotecarios que no saben localizar un libro de Vicente Quirarte o que en su tiempo libre leen revistas sobre chismes de cantantes en lugar de aprovechar el tiempo con uno de los muchos buenos libros que hay en los estantes lo cual sería benéfico tanto para ellos, como para su familia, amistades y para los mismos usuarios de la biblioteca. Sólo dejando de lado la displicencia, discriminación y, fundamentalmente, el egoísmo, podremos conjugar esfuerzos para hacer de los universitarios formadores integrales de la sociedad mexicana. ¿Cómo lograrlo? Con la entrega de quienes trabajamos y/o estudiamos en la universidad y el compromiso de los egresados con su profesión, la institución que los formó y la entidad.

Es ahora pertinente hacer referencia a algunos símbolos y valores sincrónicos que distinguen a la UAEM. Por ser sincrónicos permiten un corte vertical de la institución; es decir, remiten al presente, son experienciales y, por lo tanto, cotidianos, así como dinámicos por naturaleza, a diferencia de los diacrónicos que, por lo general, son inmóviles (no sujetos a cambios). Así, por ejemplo, Horacio Zúñiga es un símbolo universitario diacrónico y, aunque se le pueda cuestionar algo, es un emblema consagrado. En cambio, nuestras figuras sincrónicas están sujetas a la valoración diaria por su trabajo y sus aportaciones intelectuales y humanísticas a la institución y a la entidad. Son personajes que a pesar de obtener merecidos reconocimientos como notas laudatorias, nombra-

mientos como académicos eméritos, etcétera, no se duermen en sus laureles; al contrario: trabajan con mayor empeño. Me refiero a los universitarios que hoy por hoy fortalecen la identidad universitaria, especialmente los académicos. En áreas humanísticas contamos con el ingeniero José Yurrieta Valdés, decano de la universidad; los doctores Adolfo Díaz Ávila y Juan Parent; el pintor Leopoldo Flores en la creación artística y nuestro cronista, el profesor Inocente Peñaloza, entre muchos otros que colaboran día a día en los tres ejes centrales de la institución: docencia, investigación y difusión de la ciencia y la cultura.

En su aceptación más inmediata, el término “identidad” señala el sentido de pertenencia a algo o alguien, pero toda identidad o identificación implica, además de una conciencia de pertenencia, una pasión que alimenta dicha identificación y se traduce en la incansable entrega personal a ese algo o alguien; en este caso, a la universidad. Luego entonces, la identidad universitaria –dicho hasta aquí– supone un profundo y genuino compromiso con nuestra institución; implica la puesta en práctica de valores como la lealtad, el respeto, la generosidad, la constancia, la creatividad y el diálogo; es decir, la propagación de un conocimiento integral –científico, emocional, ético, estético y pragmático– a favor del desarrollo social.

Pero cabe la pregunta ¿cuántos de nosotros –estudiantes, académicos y administrativos– asumimos nuestra identidad universitaria de esta forma? En términos prácticos, ¿por qué decidimos estudiar, ser profesores o em-

pleados de la universidad y no de otra institución u organismo? Las respuestas a estas cuestiones implican una evaluación integral de nuestro rendimiento como universitarios, y de la autenticidad con que nos asumimos como tales. Hay quienes estudian en la UAEM porque no tienen dinero suficiente para pagar las colegiaturas y los gastos colaterales que cobran las escuelas privadas. Hay quienes se emplean en la universidad porque no tendrían en otra institución las prestaciones laborales que ésta les otorga. Hay académicos y administrativos de gran capacidad que creen profundamente en la universidad por su tradición, fortaleza, valores, etcétera, pero que tienen a sus hijos estudiando en preparatorias privadas; aunque también hay académicos que generan identidad universitaria en sus hijos. También hay alumnos que detectan pronto el cúmulo de conocimientos, creatividad y valores con que cuenta la institución y los hacen suyos, dando el crédito debido a la universidad y hay quienes estudian una licenciatura en la UAEM sólo para obtener un grado de forma menos onerosa que en otros lugares. Posteriormente se olvidan de la institución, de lo que deben retribuirle y de lo que podrían continuar aprendiendo en ella, tanto si asistieran a un recital de piano o a una muestra fotográfica, como si hicieran un doctorado. Es evidente que para personas así, con un sentido de la vida eminentemente utilitario, la UAEM no es su *Alma Mater* en los términos de la aceptación cabal de esta locución latina.

Se observa entonces, lo difícil que es concebirnos realmente como integrados plenamente con la universidad. Las acciones dicen más que las palabras. Es verdad que las universidades públicas tienen deficiencias –¿qué institución educativa no las tiene?–, pero hay rasgos fundamentales que las distinguen de las privadas y les otorgan un carácter humanista muchas veces ausente en las particulares. Hago énfasis en esta característica porque constituye una de las bases de una educación universitaria integral; es decir, cimentada en la solidaridad académica. A diferencia de ciertos colegios privados, la UAEM no engaña a sus estudiantes con falsas expectativas de liderazgo laboral; no los prepara “para comerse al mundo” en el sentido meramente opresor que tiene esa expresión mercantilista, la cual induce a que el profesional se valore sólo en función de un suel-

do y del condicionamiento que generan los billetes. La UAEM no muestra tampoco a los estudiantes un mundo de nubes de algodón como ciertas escuelas agringadas instaladas en nuestro país, ni es rígida en su estructura. A través de su historia, la universidad ha pugnado por las libertades de creencia, las políticas, el derecho a la diferencia sexual y por no hacer discriminación entre estudiantes pobres o ricos. Se ha preocupado también por apoyar la creatividad –especialmente en los planos científico y tecnológico–. Así, la UAEM valora tanto el trabajo de un estudiante de origen campesino y/o indígena, como el de un homosexual cosmopolita, y atiende al intercambio educativo con instituciones de diversas latitudes. Al referirme así a la universidad no busco presentar una imagen idealista de la institución. Sólo hablo de realidades que la ubican en un lugar importante en el ámbito nacional. La historia humanística reciente muestra cómo ha formado la UAEM a hombres y mujeres sensibles, como el teatrista Esvón Gamaliel (†), y los poetas Félix Suárez, Enrique Villada y Flor Cecilia Reyes, al tiempo que se ha enriquecido con investigadores extranjeros que han hecho de la institución su casa, como el doctor Ryzard Roszga o el doctor Mijail Malishev.

La formación universitaria obliga a un constante diálogo con uno mismo y con los otros, sustentado en el respaldo de espíritus críticos, sensibles y dinámicos. Desde esta perspectiva, nos hace mucha falta a profesores y a alumnos recuperar la visión institutense interesada en una formación multidisciplinaria que forma a profesionales de biología, las letras o el derecho con un amplio bagaje cultural libresco y vivencial. De esta forma se logrará que desarrolle en una formación integral que suavice la aridez y el aislamiento de las áreas duras, que libere de los prejuicios y de la desidia a estudiantes, académicos y administrativos acercándolos al arte, el deporte y otras actividades que nos distinguen como universitarios y en ocasiones tienen que ver incluso con nuestra mexicanidad. La especialización nos está comiendo y limitando. Atrás quedaron los tiempos en que un abogado se interesaba por las letras o un pintor por la botánica. Es enorme la diferencia entre algunos abogados que se formaron en el ICLA –escritores y hombres de leyes con una visión de la justicia social– y muchos abogadillos

que han egresado de la UAEM, para quienes solucionar problemas sociales no es un fin, sino un medio para lucrar, si es que se interesan por dichos problemas. Sin pretender generalizar, esto habla de una formación universitaria en las aulas que carece de la asimilación de valores humanistas. Hace falta mucho más que la ambición económica, el vestir bien y el conocimiento de los códigos penal, civil, fiscal, etcétera. Hace falta que los estudiantes lean con detenimiento la obra de los abogados y otros egresados institutenses y, sobre todo, que pongan atención a la actitud que tenían ante su profesión y a su identificación con el ICLA. Nos hace falta recuperar el sentido que se tenía desde entonces por los estudiosos interdisciplinarios. Nos hace falta asistir a seminarios, encuentros y actividades científicas y culturales. Hace falta que los universitarios leamos y escribamos más, independientemente del área en que nos estemos formando. De esta manera se fomentará el ejercicio del pensamiento crítico y la creatividad, para ofrecer respuestas a los problemas de nuestros días. La lectura constante y sistemática proporciona valores humanísticos, además del conocimiento que aporta. Hace falta que humanicemos al universitario.

Quien se dice universitario porque trabaja o estudia en la UAEM debe tener en cuenta que ser universitario es sinónimo de estudio, de una mente abierta que absorbe y cuestiona todo: sensaciones, emociones, ideas, problemas, etcétera. Hay quienes lo aprenden fuera de un recinto estudiantil; son quienes hacen alarde de la frase de

Carlyle: "La verdadera universidad de estos días es una colección de los libros". Suelen desdeñar a las universidades –sean públicas o privadas– por considerarlas un freno para el desarrollo de su creatividad, porque los ven como centros dedicados a teorizar donde los investigadores pasan los días encerrados en sus cubículos o laboratorios y escriben ásperos ensayos que casi nadie lee por su gran carga de tecnicismos. Hay algo de cierto en esto, pero también de exageración, ya que se olvida que –por poner el caso de la UAEM–, a más de 175 años de su fundación, muchos de sus egresados han contribuido al conocimiento científico, tecnológico y humanístico desde el Estado de México. También se olvida que buena parte de los médicos o contadores que ofrecen sus servicios localmente son egresados de la UAEM. A veces, no falta razón a quienes ven en algunos universitarios –especialmente a académicos renombrados especializados en ciencias sociales y humanas– como seres fríos y distantes, que hablan del hombre y sus problemas desde el papel sin pasar a la acción social. Ciertamente hay universitarios que responden a ese perfil, pero no se trata de la generalidad.

Los universitarios debemos tender siempre al equilibrio entre el desarrollo intelectual y la acción. Debemos considerar que nuestro compromiso es en gran medida con otros universitarios pero sobre todo con la sociedad, y por ello hay que tomar en cuenta los diversos niveles del discurso. Hay que contribuir a la formación intelectual y humanística de los otros poniéndose en su lugar. Daré dos ejemplos que

ilustran este punto. El primero corresponde a otra universidad pública, aunque no dudo que en la nuestra haya casos semejantes; el segundo está relacionado directamente con la UAEM. Cierta vez visite a una antropóloga cuya especialidad son los estudios de género. Estando en su casa, llegué a verla una conocida suya. Era una muchacha de unos 20 años de edad, de clase media baja. Trabajaba como cajera en un centro comercial. Estaba desesperada porque sus padres la habían corrido al enterarse de que estaba embarazada y de que su novio no quería asumir su responsabilidad. La antropóloga comenzó a hablarle de la familia como concepto. Utilizaba términos como "familia ampliada", "familia compuesta", "tasa de natalidad" y "tasa de morbilidad infantil", entre otros. En medio de su llanto, la chica no comprendía lo que la universitaria intentaba decirle. Finalmente, se fue con el rostro vacío y desencajado con el que había llegado. A propósito de la situación de la joven, la antropóloga me mostró un artículo académico que hablaba de amas de casa humilladas por sus maridos. Un texto como éste estaba al alcance de amas de casa con un nivel cultural alto –las cuales no son muchas en un país como el nuestro–, pero ¿qué ocurre, con el resto de los ejemplos vivos, como el de la chica, que necesitan apoyo y consejo sin obtenerlos?

El segundo ejemplo tiene que ver con la rigidez de ciertos estudiantes y académicos formados en las disciplinas humanísticas. Quiero centrarme en el área de Letras, en que muchas veces los alumnos se titulan con análisis acartonados por teóricos; destazan un texto en veinte mil sílabas, seis actantes y sujetos enunciadore, pero se olvidan del lado humano del libro a comentar. Esas investigaciones suelen dividirse en capítulo 1. Marco teórico conceptual y capítulo 2. Análisis del texto desde un método lingüístico. Anteriormente, los estudiantes se lamentaban del fracaso de sus tesis de licenciatura. Entonces, la universidad autorizó la obtención del grado mediante diversas opciones, entre ellas el ensayo, con toda la libertad que caracteriza a este género, pero también con toda la seriedad que demanda. La sorpresa ha sido grande pues muchos egresados –no sólo los de disciplinas humanísticas– prefieren la rigidez anterior a enfrentarse con la atención de necesidades personales y sociales más auténticas, que requieren del beneficio de

propuestas de solución. Esto nos habla de que aún es ardua la tarea de formar estudiantes sensibles, creativos y críticos y de que los académicos tengan una mayor cercanía con la sociedad. El academicismo ampuloso limita el desempeño profesional y el compromiso humanista los cuales no deberían concebirse separadamente. Se confunde la pulcritud de la palabra hablada y escrita con la investigación barroca.

Alumnos como maestros debemos proponernos realizar nuestro trabajo con sensibilidad, humildad, inteligencia y vocación de servicio, antes que alcanzar una gélida erudición o caer en la tediosa rutina. Sólo de esta forma nos ganaremos la confianza personal y colectiva de los demás. Sólo así aprenderemos a ser realmente investigadores, docentes, administrativos y estudiantes comprometidos con los otros, lo que afortunadamente en ocasiones sí ocurre. Esas actitudes y valores están en la base del crecimiento de la universidad y de la sociedad. Con esta visión integral hay investigadores comprometidos con la función social de la universidad. Se trata de verdaderos conocedores de su responsabilidad como orientadores del conocimiento dentro y fuera de la UAEM, como el doctor José Blanco Regueira (qepd), el maestro Eugenio Núñez Ang y la maestra América Luna Martínez, entre otros muchos que representan y enorgullecen a la universidad por su diario ejemplo de educadores integrales.

Dos son los pilares de la UAEM: la investigación y la difusión de la ciencia y el humanismo. Los dos parecen recibir la misma atención, pero el impacto social de la primera es mayor que la del segundo, sobre todo en la población estudiantil más joven, que tiene un mayor acercamiento con las ciencias duras que con las humanidades. Hay una olimpiada de química y un verano de la investigación científica. Este último permite acercar a los estudiantes preparatorianos con los investigadores. Es más posible que los alumnos conozcan la ubicación de la Facultad de Química y que se puede estudiar Física en las instalaciones de El Cerrillo que la existencia de la facultad de Humanidades, donde pueden estudiar Arte dramático o Filosofía. A pesar de lo áridas con que son vistas la Física o las Matemáticas, estas materias les resultan muy importantes, aún cuando durante su estancia en la preparatoria no tengan clara la utilidad de las funciones trigonométricas. Intuyen que en un futuro les se-

rán útiles, puesto que se trata de temas que requieren de un estudio serio y de una gran dedicación para ser dominados. En cambio las materias humanísticas no acaban de ser asimiladas por los estudiantes como disciplinas, a veces son meros pasatiempos, como asignaturas de relleno o como materias "colchón", pues les permiten dedicar mayor tiempo a otras.

Pululan maestros e institutos, públicos y privados que ofrecen asesorías de álgebra, cálculo, química y otras tantas materias; los muchachos asisten para comprender esas materias o, de plano, para aprobar exámenes extraordinarios o a título de suficiencia. Sin embargo, ¿cuándo se ha visto que un adolescente pida una asesoría de redacción o filosofía? No obstante, la vida es irónica porque ese alumno que pasó su preparatoria asistiendo continuamente a clases extra de áreas duras se decidió por estudiar derecho, así que se olvidó para siempre de la química, y en su paso por la preparatoria nunca aprendió a redactar porque nunca lo consideró importante, pero ahora diariamente tiene que hacerlo, pues su profesión lo requiere. Por su puesto, lo hace con dificultades, y por ello no ha logrado concluir su tesis de licenciatura. Además, hasta su estancia en la facultad cuando se dio cuenta de la importante interrelación que existe entre las disciplinas humanísticas; fue entonces que pidió que le explicaran fuera del salón de clases qué quiso decir Rousseau en *El contrato social*, y se lamentó de no haber aprovechado lecturas y cursos de años atrás, a los que dejó en el aire.

A partir de ese ejemplo, simple pero real, quiero hacer hincapié en que las humanidades están un tanto en el aire en relación con actividades que ocurren en nuestra universidad dirigidas específicamente a estudiantes de preparatoria, lo cual nos concierne a profesores y autoridades académicas, sobretudo porque solemos quejarnos de los alumnos preparatorianos por sus bajos niveles cultural y de rendimiento académico; de su desidia con respecto a la lectura y la investigación, y de su pobre participación en actividades deportivas y culturales, así como de su pésima redacción. Sin embargo, todos los universitarios somos responsables de esta situación.

Líneas arriba hablaba de que estudiar álgebra implica para los muchachos cierta responsabilidad, lo cual no sucede con la literatura o la filosofía, pues los maestros suelen evaluarlos con un cuentito de creación personal –el cual bien pueden elaborar con fragmentos de textos de otros autores–, la memorización de reglas gramaticales, el orden de las pasiones según Santo Tomás de Aquino o con silogismos del tipo “todos los hombres son mortales”. Con todo, los alumnos no logran aprender a aplicar signos de puntuación, sentir ni reflexionar en torno a el *Tratado de la pasión*, usar cotidianamente los silogismos o, lo que es peor, obtener placer en el acto de leer ni asumir la necesidad de éste para ser mejores seres humanos y profesionales. A veces, los maestros preparatorianos no se preocupan por estos aspectos, ya que tienen demasiados grupos y eso los agota. Además, los grupos suelen ser numerosos, y de ahí que resulte muy difícil

darle dinamismo a la clase, alcanzar un alto rendimiento y, mucho menos, hacerla personalizada. Además –para nuestra tristeza–, hay profesores verdaderamente convencidos de que la adolescencia es la etapa del tedio y la desorganización del ser humano, así que consideran que no hay mucho que hacer sobre el particular, y se rinden antes que esforzarse más de lo que creen poder o deber.

Sobre las autoridades hay también qué comentar. En primer lugar permitir que haya grupos de más de 50 alumnos en los planteles de preparatoria. No se puede educar a nadie de manera adecuada –en el sentido cabal de la palabra– en grupos numerosos; no es humano para nadie, especialmente para los profesores. Cuando me referí al programa *Súmate a la ciencia* de concursos de química dirigidos a jóvenes preparatorianos; debí preguntar por qué no hay un *Súmate al arte* o una olimpiada de las humanidades –aun cuando sí hay muchos cursos y talleres artísticos propuestos por la Coordinación General de Difusión Cultural–. Sería importante establecer relaciones directas entre los cronistas, historiadores y artistas universitarios con los estudiantes y empleados, a fin de despertar y fortificar en éstos su desarrollo espiritual y cultural.

Nos hace mucha falta, tanto a maestros como a autoridades, generar conciencia entre los adolescentes universitarios de la tangible importancia de las humanidades en su vida diaria y, sobre todo, en su vida futura profesional. Es necesario hacer un esfuerzo de contextualización constante del conocimiento que pretendemos transmitirles, para que realmente desarrollen un interés auténtico y le den un sentido a cada una de las materias que cursan. Como maestros, es necesario replantearnos el compromiso trascendental que tenemos con los muchachos: tener en cuenta que sobre nuestros hombros descansa el peso de contribuir a su formación académica y laboral; que somos un eslabón de la larga cadena de aprendizajes en que los alumnos participan no sólo un momento pasajero y desechable en su educación, como los estudiantes la consideran a veces. Hay que fomentar este cambio de actitud sobre todo con respecto a las humanidades, para atacar la errónea visión que tienen los muchachos sobre su supuesta facilidad e inutilidad. Sabemos que, por el contrario, diariamente enfrentamos la toma de decisiones que implican la puesta en

práctica de valores éticos, estéticos y morales que nos hacen dignos o indignos estudiantes, profesores y ciudadanos, y orientan el curso de nuestro proceder en los ámbitos familiar y social; nos definen como hijos, amigos, padres y compañeros de trabajo, pero también como miembros de una institución pública con la que nos decimos identificados; asimismo, nos sitúan culturalmente como parte de una entidad federativa y de un país. La postura que tenemos: humanista o antihumanista, nos hace positivos o negativos, constructivos o destructivos, prolíficos o infértiles como estudiantes, académicos y administrativos universitarios.

La visión humanista de la UAEM se forja a través de diversos lenguajes, pero especialmente de la lengua; es decir, del diálogo con los científicos, intelectuales y artistas. Es por la palabra que tenemos pruebas de quiénes fueron y qué legado nos dejaron nuestros institutenses. Es por la palabra y a través de publicaciones como el *Boletín del Instituto Científico y Literario del Estado de México* y *La Colmena*, entre otras, que estamos al tanto del devenir histórico de la universidad. Es por la palabra que reconocemos a nuestros universitarios más valiosos. La palabra encarna sentimientos y principios éticos y relata la realización de obras. La palabra humanista tiene el poder de mejorar el destino de hombres y mujeres. Al recibir el premio Internacional de Poesía y Ensayo Octavio Paz, José Emilio Pacheco habló a propósito del valor de la palabra:

Si esa lengua se paraliza o se degrada, la barbarie y la violencia llenan su vacío. Sin esa lengua no hay diálogo, no hay polémica, no hay instrucción posible, no hay arte, ciencia, ni cultura, no hay futuro. Ocupa el porvenir el corazón de las tinieblas. Se abre a nuestros pies el abismo que nos rodea por todas partes.

Existe un rasgo común entre el joven europeo que ataca con bombas incendiarias un campamento de refugiados y el muchacho que asalta y viola en los microbuses de esta cada vez más áspera ciudad: no tuvieron la oportunidad de leer, su imaginación y su sensibilidad quedaron muertas. Por tanto, son incapaces de ponerse en el lugar de los demás. (Pacheco, 2003: 2)

Somos los educadores universitarios quienes tenemos la responsabilidad mayor de fomentar una educación adecuada en nuestro medio a través de nuestras obras,

del diálogo al que se refiere José Emilio Pacheco, y de ser un puente entre símbolos y valores que nos designan de manera implícita como universitarios y su realización, la cual nos identifica como miembros de la institución. Sólo de esta manera podremos ponernos de verdad en el lugar de los otros y cerrar el abismo del que habla el autor. Se percibe de manera diversa, pero sobre todo en la indiferencia y los prejuicios que median entre un estudiante de física y uno de administración, o entre uno de derecho y uno de filosofía, por ejemplo. A veces, el estudiante de física concibe como ligero y flojo al de administración. A éste el primero le resulta hermético, idealista y aburrido. El estudiante de derecho suele preocuparse por vestir de manera elegante para asistir a los juzgados y ver cuánto lucra en sus litigios, y le parece que el alumno de filosofía es un utopista por haber decidido estudiar filosofía en los tiempos del neoliberalismo. Piensa que difícilmente encontrará trabajo y le desagrada tratarlo sólo porque su apariencia física –con dejes de moda sesentera– no va con él. Desde luego, no generalizo. Hay excepciones importantes, como la del poeta Oliverio Arreola, quien es pasante de la licenciatura en Letras Latinoamericanas y estudiante de Derecho, o la abogada Liliana Pérez, quien cursó la Maestría en Estudios para la Paz y el Desarrollo y es profesora de idiomas en la Facultad de Lenguas. Pero, desafortunadamente, un número considerable de nuestros estudiantes de licenciatura tienen prejuicios como los mencionados. Esta ejemplificación

puede parecer muy simple, pero obliga a reflexionar sobre un punto: la integración estudiantil es una exigencia de la expansión universitaria y constituye una forma de conocer y fortalecer a nuestra universidad.

El aislamiento de los estudiantes de carreras diferentes se observa también entre profesores y autoridades de una misma facultad e, incluso, a escalas mayores, entre las unidades académicas profesionales y los organismos académicos. Hace falta estrechar lazos intelectuales y culturales entre unos y otros. Hace falta llevar a la práctica y con mayor ahínco el diálogo sensible y polémico al que se remite José Emilio Pacheco. Es necesario que los universitarios concentrados en Toluca miren hacia otros puntos del estado donde la UAEM tiene presencia: como Amecameca, Atlacomulco y Zumpango, entre otros, con el fin de intercambiar experiencias intelectuales y culturales. Los trabajos de investigadores y creadores de la UAEM publicados en *Convergencia*, *Papeles de población*, *La Colmena* y *Ciencia ergo sum* corresponden en la gran mayoría de los casos a autores que laboran en Toluca. Desde luego, hay motivos históricos para que esto sea así. Además, los universitarios que viven en Toluca y su zona metropolitana realizan localmente su labor intelectual, lo cual los beneficia, ya que un buen número de actividades científicas y culturales organizadas por la universidad se realizan en Toluca.

Sin embargo, se olvida –para retomar una vez más a Pacheco– ponerse en el lugar de los otros, en este caso los universitarios que trabajan

a sólo dos horas de Toluca. Se olvida la necesidad de disminuir el centralismo y que las UAP son cada vez más. Se niega el diálogo directo con miembros, compañeros que han logrado un importante conocimiento en varias disciplinas. En ese sentido, las autoridades académicas tienen mucho por hacer para resolver esa fragmentación caracterizada por la falta de intercambio: la universidad debe fomentarlo mucho a lo largo y ancho del estado, a través de las UAP; sobre todo en materia cultural, como lo hace el Instituto Mexiquense de Cultura, sobre todo con la promoción literaria, en el ámbito que le concierne, que es el de las políticas culturales.

Y justamente, la literatura publicada por la universidad suscita polémicas dentro y fuera de la institución. Es muy importante la labor que ésta realiza al editar textos de investigadores en las ciencias duras, sociales, económicas y humanísticas; hablo del trabajo de seleccionar textos sujetos a dictaminación, así como la corrección de estilo y el trabajo de diseño que permiten editar libros de agradable factura, como *Toluca. Sucesos del siglo XX*, del profesor Inocente Peñaloza; *Será mi asilo el mar. Biografía de José María Heredia y Heredia*, de Benjamín Araujo; *Las novelas de Rudolfo A. Anaya y la posmodernidad*, de Herminio Núñez, así como *La Tahona*, novela de Mauricia Moreno. Estos libros han sido editados en la presente administración y son necesarios para el enriquecimiento cultural tanto de profesores como de estudiantes. Por desgracia, no pasa lo mismo con la creación poética. Me refiero a los libros de la serie “José Yurrieta Valdés”, de la “editorial” La Tinta del Alcatraz, los cuales, si bien han tenido continuidad a más de diez años de que se creó la colección, lejos de haber mejorado editorialmente, cada vez aparecen más erratas y exhiben criterios de selección de material bastante dispares. En esa serie se encuentra obra de poetas de la talla de Óscar González, Óscar Wong, Benjamín Araujo y Lizbeth Padilla, entre otros; pero también hay gente improvisada; es decir, sin oficio ni sensibili-

dad literaria. No pretendo cuestionar de manera gratuita a Héctor Sumano, coordinador de la serie. Desde hace años, ha sido un promotor literario a través de la universidad. No obstante, es probable que –cobijado por nuestra institución– año con año publique libros sin calidad editorial y que se atreva a meter mano al contenido literario de algunas obras (hecho que me consta).

Perdió la seriedad editorial que caracterizó a por lo menos los primeros cinco textos que sacó a la luz. Ahora, da pena leer la presentación de los libros publicados por la actual administración, por la pésima redacción con que han sido escritos y –lo que es peor– porque tienen el visto bueno de nuestro rector. Los tres primeros renglones dicen: “La Universidad Autónoma del Estado de México, (sic) es un espacio abierto a la sociedad, en la cual (sic), se conjugan las artes y las ciencias para su difusión, generación y transmisión” (sic) (López, 2003: s/n). Estoy segura de que el doctor Rafael López Castañares no redacta de esta manera, como tampoco que los creadores publicados en la serie escriban con erratas; más bien, los textos que recibe Héctor Sumano están cuidadosamente escritos, pero éste los arruina a lo largo del proceso de edición.

El asunto es relevante porque la literatura forma parte de las humanidades y porque no es aceptable que Héctor Sumano sea el editor de una serie como la mencionada si se considera que Toluca y el estado cuentan con escritores y editores experimentados, apasionados con su trabajo y con un serio compromiso con las letras mexicanas. Algunos, son egresados de la UAEM, a la cual enorgullecen con el trabajo diario, cómo Félix Suárez, Maricruz Castro Ricalde y Margarita Monroy Herrera, entre otros. Abordo la cuestión porque además es preocupante que lectores de universidades nacionales y extranjeras se percaten del descuido con que se están haciendo esos libros. ¿En qué lugar queda la UAEM ante quien lee por primera vez una publicación de nuestra institución y se topa con un libro de la serie comen-

tada? Es importante reflexionar sobre una manera adecuada de publicar libros de poesía y cuento, géneros tan delicados y bellos, de manera que se respete la obra de los autores, se exprese compromiso y afecto hacia nuestra universidad traducidos en un trabajo editorial decente.

Para concluir este ensayo es conveniente retomar un punto mencionado en la presentación: la intención de este texto ha sido la de cuestionar, con un enfoque humanista, a los tres sectores universitarios: estudiantes, académicos y administrativos, sobre nuestro grado de identificación cotidiana con la universidad; esto es, experiencial, ya que, a fin de cuentas, el conjunto de nuestros actos diarios dentro y fuera de nuestra institución es lo que nos permitirá reconocernos y ser reconocidos como universitarios realmente identificados –es decir, comprometidos– con nuestra Máxima Casa de Estudios. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Bonfil Batalla, Guillermo (1996), *México profundo. Una civilización negada*, México, Grijalbo.
- López Castañares, Rafael (2001-2003), “Presentación” a la serie de “José Yurrieta Valdés”, Toluca, La Tinta del Alcatraz / UAEM.
- Pacheco, José Emilio, “Palabras de agradecimiento al recibir el Premio Internacional de Poesía y Ensayo Octavio Paz”, *Reforma*, México, 30 de julio de 2003 (sección cultura).
- Parent Jacquemin, Juan María, “La universidad hoy y mañana”, *La Colmena*, Toluca, UAEM, Núm. 37, enero-marzo de 2003.